

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 12 (1985)
Heft: 4

Artikel: Suizos célebres en el extranjero : Elisabeth Kübler-Ross
Autor: Müller, Christoph A.
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-909256>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 03.04.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Elisabeth Kübler-Ross

Pocas mujeres suizas han alcanzado renombre mundial. Sin embargo, ese es el caso de Elisabeth Kübler-Ross. Esta médica de 59 años, que vive en los Estados Unidos desde hace veintiocho años, supo abrir una brecha en el muro que nuestra época ha levantado entre sanos y moribundos.

Sus libros sobre la agonía y la muerte fueron traducidos a numerosos idiomas y han emocionado a cientos de miles de personas. Cuando ella pronuncia una conferencia, aún las salas más grandes resultan pequeñas para contener a todos aquellos que quieren verla y escucharla.

Pero, ¿quién es esta mujer menuda y resuelta que, vestida sencillamente, posee el carisma de una diva y la capacidad de trabajo de un director de una importante empresa? ¿Quién, entre dos vuelos, encuentra todavía el tiempo para visitar a un enfermo que reclama su ayuda?

La conocí hace cinco años, en el sud de California vivía desde hacía poco tiempo. Cuando entré a su casa, a la hora del desayuno, la encontré de pie, delante de la barra de su cocina, tipeando, con dos dedos, en su maquina de escribir una carta urgente... Me recibió como si fuera un viejo amigo. Y casi durante una hora, supo darme la impresión de yo era para ella el único ser viviente en el mundo. Orgullosamente, me condujo a su jardín donde crecían hortalizas «suizas» que era imposible comprar allá. Salí de su casa con dos regalos: un frasco de mermelada recién hecha y una invitación a su laboratorio de trabajo «Vida, muerte y ruptura» que comenzaba esa misma tarde...

Elisabeth Kübler-Ross aprecia la amplitud de espíritu de la sociedad americana y sabe perfectamente que su trabajo de pionera hubiera encontrado gran resisten-

cia en la mayoría de los países. Cuando se le pregunta por su patria, se contenta con decir: «Suiza es un país muy conservador». De sus dos docenas de doctorados «honoris causa», ninguno le fue otorgado en Europa, ni siquiera en Suiza. Ella no reniega por ello de su amor por su Patria y conserva de Suiza la imagen plena de en-



Elisabeth Kübler-Ross en su jardín
Foto: Ch. A. Müller

canto de su juventud. Por otra parte, continúa sintiéndose suiza y no americana. Tiene la nostalgia de las montañas y de los glaciares, de los pueblos de su infancia con sus callejuelas estrechas y coloridas. Adora caminar, y ¡jamás termina el año sin hacer las tradicionales masitas de Navidad!. Fue sobre las elevaciones del lago de Zurich, en Meilen, que Elisabeth pasó su infancia, con sus dos hermanas (eran trillizas) Eva y Erika. Desde muy joven manifestó su espíritu de independencia. A la edad de trece años, escribía en una de sus tareas de la escuela:

«Quisiera ser investigadora y explorar los límites ignorados del conocimiento humano. Pero, lo que más deseo en el mundo, es llegar a ser doctora». Emprende, contra la voluntad de sus padres, estudios de medicina que ella misma financia trabajando por las noches. Apenas terminada la guerra, se enrola como voluntaria para llevar ayuda al extranjero. Una visita al campo de concentración de Maidanek es para ella una experiencia decisiva.

Esta joven mujer de veinte años queda compenetrada de una evidencia profunda que la acompañará toda su vida: «...en todo hombre duerme un Hitler en potencia así como en todo ser subyace una Madre Teresa implícita».

Elisabeth Kübler-Ross se abocó pues a la investigación del sentido de la muerte «Los moribundos son nuestros mejores maestros. Todo lo que se, es de ellos que lo he aprendido». En esta simple profesión de fe reside toda la ciencia de esta mujer que llegó más allá de los límites de la vida. Con la ofrenda total de su persona, supo abrirse a lo que viven los moribundos. Supo escucharlos para comprender lo que tienen que decir. Lo peor para un moribundo, no es el miedo a la muerte. Lo peor es la soledad que lo acomete, ese silencio angustiado, ese mutismo de los que lo rodean. Cuantos hay que a la hora de la muerte descubren que no han vivido...

Elisabeth Kübler-Ross quisiera difundir entre los vivos todo lo que aprendió de los moribundos. Los moribundos necesitan seres humanos que les ofrezcan su calor. Que sean sinceros, auténticos con ellos mismos y con los que agonizan. Ya que los moribundos solamente tienen necesidad de aquello que todos necesitamos. Elisabeth Kübler-Ross lo traduce a su manera: «Todos estamos sobre la Tierra para aprender a ayudarnos los unos a los otros».

Christoph A. Müller